

Alejandra Ciriza

Mujeres y transnacionales

A propósito de las relaciones entre capitalismo y patriarcado en tiempos de crisis

¿Qué efectos tiene, en esta fase del capitalismo, la acción de las transnacionales sobre la vida de las mujeres? ¿Se puede decir que sucede algo específico? ¿Por qué las afectaría de manera diferencial? ¿Cómo? Esas preguntas surgieron del requerimiento de participar, en mi calidad de académica y feminista, del Juicio Ético a las Transnacionales que encabezan un proceso que podríamos llamar de recolonización de nuestra América. El juicio, que tuvo lugar en Buenos Aires los días 28, 29 y 30 de octubre de 2011, es producto de una serie de acciones previas, rea-



lizadas a lo largo y lo ancho del país por activistas en defensa del medioambiente. La sentencia incluye, entre los efectos del accionar de las multinacionales sobre la sociedad y la cultura y además algunos señalamientos relativos al modo como impacta sobre las

El documento dice que, al producir expulsión rural por el desplazamiento de las comunidades, las transnacionales fuerzan a las mujeres a migrar dejándolas expuestas a las redes de trata con fines de explotación laboral y/o sexual. Señala, además, que las actividades desarrolladas por las diversas empresas enjuiciadas perturba - algunas veces de manera irreversible - la riqueza cultural y los comportamientos sociales aumentando los índices de drogadicción, alcoholismo, prostitución y violencia intrafamiliar. Destaca particularmente este efecto (la prostitución) en aquellos rubros en que los trabajadores son exclusivamente varones, como es el caso de las mineras. El juicio a las transnacionales trae a la escena el viejo debate sobre la relación entre capitalismo y patriarcado, sobre las formas en que ambos sistemas se relacionan, sobre el modo que esa relación se ha desplegado a lo largo de la historia e impactado sobre la naturaleza y sobre la relación (también históricamente situada) entre

cuerpo y política.

Me propongo entonces realizar una reflexión procurando atender a las múltiples determinaciones que el capitalismo produ-



ce sobre las vidas de las mujeres del sur en esta fase específica, marcada por una de las crisis cíclicas del capitalismo. Las preguntas que formulan se inscriben en las propias inquietudes. En el marco de una preocupación que insiste en mí, acerca de la relación entre pasado y presente, procuraré iluminar este trabajo a partir de la recuperación de nuestro pasado y a la vez mostrar la forma en que esta nueva fase del capitalismo incide sobre nuestras vidas, es pues una crisis que intelectuales como Edgardo Lander no dudan en considerar como civilizatoria (Lander, 2010).

Sobre las relaciones entre pasado y presente. Crisis y acumulación primitiva

Comparto con una serie de autores la idea de que la actual crisis del capitalismo se ubica en una lógica cuya lectura requiere del recurso a herramientas de la teoría marxista (Meiksins Wood, 2000). Y esto porque el

Mujeres y transnacionales

materialismo histórico sostiene la historicidad del capitalismo, a la vez que proporciona claves de lectura para los nexos que ligán el pasado al presente. En cuanto a histórico, el capitalismo no obedece a ninguna ciega necesidad que guíe las relaciones de los sujetos entre sí y con sus condiciones materiales de existencia en ninguna dirección predeterminada. De allí que el futuro no esté anunciado, sino que es un horizonte que se presenta a la vez como oportunidad y apuesta. Si es preciso atender a las determinaciones, a lo que Marx denominara las condiciones no elegidas, el marxismo afirma que los/las sujetos son activos, es decir, capaces de transformarse y transformar el mundo en que viven. Dos nociones son útiles para la interpretación de este momento. Nociones que permiten pensar la articulación entre pasado y presente, pues abren un horizonte de visibilidad que permite percibir aquello que se repite, aún cuando tal repetición se halle sujeta al variable terreno de la historia y el lugar: por una parte la idea de crisis, por la otra la de acumulación primitiva u originaria (Marx (1867) 1973, Libro I, Sección VIII). Se dice que nos hallamos ante una de las crisis cíclicas del capitalismo. Desde luego hay debate respecto de su ubicación, sus

inicios, sus causas, sus efectos sobre América Latina. Lo cierto es que el estallido de la burbuja financiera de 2008 afectó a la economía estadounidense y que la respuesta de los poderosos del mundo (las empresas transnacionales, los bancos, los organismos internacionales de financia-

miento, los países coloniales) ha desatado un proceso que Marx había ubicado en los "orígenes" del capitalismo, pero que se reitera ante las crisis cíclicas del sistema. Sin embargo esta suerte de repetición a lo largo de la historia no es nunca idéntica, sino que se halla sujeta a condiciones histó-



ricas cambiantes que establecen el terreno en el cual tiene lugar cada una de ellas. Marx había denominado acumulación primitiva u originaria a un proceso histórico singular que llevaría, a lo largo de un tiempo marcado por momentos críticos (Wallerstein señala como fechas clave 1500, 1650, 1789 y 1848) a la consolidación del

capitalismo. El progreso guiaría ese proceso y la expansión de las relaciones capitalistas iría acompañada de la desaparición de la coacción extraeconómica. Sin embargo esto no ha sucedido.

El tiempo de la acumulación originaria

Comparto con Silvia Federici que ese momento inaugural, el del nacimiento del capitalismo en Europa, dejaría improntas que se han repetido a lo largo de la historia bajo situaciones de crisis. En ese momento histórico se produjo un proceso de acumulación, llamada originaria o primitiva, por el cual una enorme cantidad de sujetos, las campesinos/as europeos/as, los/las colonizados/as y las mujeres perdieron los medios

para su propia vida. Se hallaron entonces en condición de no tener otra cosa para vender que su propia fuerza de trabajo y la de su prole, a la vez que otros, que devendrían en capitalistas, concentraban propiedades y riquezas bajo distintas formas: dinero, tierras, medios de producción. Bienes que dejaban de estar a disposición de todas y todos para convertirse en propiedad privada de unos pocos (Marx (1867) 1973; Federici 2010) El relato del desmoronamiento de la economía feudal y de la emergencia del capitalismo suele tener por sujetos a señores y siervos. El hábito eurocéntrico hace que a menudo se olvide que la destrucción de las antiguas relaciones serviles se produjo al mismo

tiempo que los viajes denominados de "descubrimiento", es decir, de expansión colonial europea sobre otras regiones del mundo. El hábito androcéntrico olvida que ese proceso involucró sujetos/as encarnados en un momento en que el control de las capacidades reproductivas de las mujeres era fundamental para la reproducción de la vida

Mujeres y transnacionales

humana y esto sin hablar de sus sexualidades. El capitalismo se edificó sobre una serie de procesos que, lejos de haber sido excepcionales, se han reiterado cada vez que el sistema ha entrado en alguna de sus crisis periódicas: la expropiación de las pequeñas propiedades y ahorros; la intensificación de la explotación de los/las trabajadores/as; el avance sobre la naturaleza y los bienes comunes. Otrora sobre las tierras comunales, hoy sobre los recursos naturales indispensables para la supervivencia del planeta y de la humanidad. A ello hay que sumar que, de la misma manera que el mítico rey Midas todo lo transformaba en oro, el capitalismo todo lo transforma en mercancía. Expropiación, avance sobre los bienes comunes, mercantilización de aquellos aspectos de la vida que durante siglos han sido considerados como bienes comunes, y sobre aquellos espacios y tiempos considerados como separados, asignados al proceso de reproducción de la vida humana tanto biológica como social (lo que hoy se llama tareas de cuidado). Aquí y allá es posible encontrar testimonios de tales procesos. Testigo privilegiado de la emergencia de la economía mercantil en Inglaterra, Tomás Moro desplaza hacia América la anticipación imaginaria de una sociedad mejor. El

sueño de una sociedad utópica está, sin embargo asentado sobre las bases firmes de la observación de la realidad de su tiempo. En 1516 Moro escribía: "Vuestras ovejas... que tan muchas eran y que solían alimentarse con tan poco, han comenzado a mostrarse de tal modo voraces e indómitas que se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas. En aquellas regiones del reino donde se produce una lana más fina, y por consiguiente de más precio, los nobles y señores y hasta algunos abades, santos varones, no se contenta con los frutos y rentas anuales que sus antepasados acostumbraban sacar de sus predios, ni bastándoles vivir ociosa y espléndidamente.... No dejan nada para el cultivo y todo lo acotan para pastos; derri-

ban las casas, destruyen los pueblos.... pareciéndoles poco el suelo desperdiciado en viveros y dehesas para caza, esos excelentes varones convierten en desierto cuanto hay habitado y cultivado por dondequiera. Y para que uno solo de estos ogros, azote insaciable y cruel de su patria, pueda circundar de una empalizada algunos miles de yugadas, arrojan a sus colonos de las suyas, los despojan por el engaño o por la fuerza les obligan a venderlas, hartos ya de vejaciones. También emigran de cualquier manera esos infelices, hombres, mujeres,



Calibán y la bruja

Silvia Federici



maridos, esposas, huérfanos, viudas, padres con hijos pequeños; en fin, una familia más numerosa que rica pues la labranza necesita de muchos brazos" (Moro (1516) 2005: 53). Si Moro desplazaba hacia América la utopía ante el horroroso espectáculo del avance del despojo y la miseria provocada por el afán de lucro en Inglaterra, Bartolomé de las Casas se hallaba en las Indias occidentales hacia mediados del siglo XVI.

Los horrores de la conquista lo impulsan a la denuncia de los males causados por la llegada de los europeos a tierras americanas. Su relato, escrito desde la periferia, da cuenta del tratamiento que los colonizadores destinaban a los pueblos conquistados. Dice las Casas: Dos maneras generales y principales han tenido los que allá han pasado, que se llaman cristianos, en extirpar y raer de la haz (faz) de la tierra a aquellas miserandadas naciones. La una, por injustas, crueles, sangrientas y tiránicas guerras. La otra, después que han muerto todos los que podrían anhelar o sospirar o pensar en libertad, o en salir de los tormentos que padecen, como son todos los señores naturales y los hombres varones (porque comúnmente no dejan en las guerras a vida sino los mozos y mujeres), oprimiéndolos con la más dura, horrible y áspera servidumbre en que jamás hombres ni bestias pudieron ser puestas. A estas dos maneras de tiranía infernal se reducen, se resuelven o subalternan como a géneros todas las otras diversas y varias de asolar aquellas gentes, que son infinitas (Las Casas, 2011).

El presente convoca del pasado las imágenes que son del caso, aquellas que, como señalaba Benjamin, reclamadas desde el tiempo actual, pueden advenir. De allí la significación que cobra la descripción de Moro relatando la migración obligada de los que menos tienen ante la escasez de trabajos y alimentos. De allí el grado en que hoy nos interpela la célebre denuncia lascasiana, pues da cuenta de la desposesión e invasión colonial; del despojamiento, exterminio y sometimiento a servidumbre de los vencidos y colonizados. Si Moro ubica a las mujeres entre los y las que

Mujeres y transnacionales

migran debido a la desocupación que el avance de los cercamientos y la apropiación privada de los bienes comunes produce. Sus palabras, a casi cinco siglos, se ligan a las imágenes de las mujeres migrantes desde el sur al norte, desde el este al oeste, desarraigadas de su tierra en procura de remesas para sus familias, acosadas por la miseria que produce la expansión de las fronteras de la agroindustria, por la invasión que los poderosos perpetrar en las tierras de los/las campesinos más pobres, desplazados/as por el afán de lucro de los ricos. Las Casas en su denuncia de la conquista observa que las mujeres y los jóvenes sobrevivieron tras el exterminio de los varones por la guerra o el sometimiento a servidumbre.

Sus palabras pueden acompañar las visiones desoladoras de los países árabes sometidos a guerra y exterminio. Afganistán y Libia, pero también las bases militares de la no menos ensangrentada Colombia. Sin embargo aún es preciso indagar más. Silvia Federici indica que tras la conquista de América y de la crisis demográfica que afectara al continente debido a la guerra, la servidumbre, la profunda desarticulación cultural y las nuevas enfermedades, se produjo, urbe et orbis, la primera crisis económica que pueda llamarse mundial. Entre 1620 y 1630 tanto en Europa como en sus colonias los mercados se contrajeron, el comercio se estancó, se propagó el desempleo y durante un tiempo existió la posibilidad de que la economía capitalista en desarrollo se detuviera. Ese tiempo fue también el del mayor sexocidio de la historia. Entre 1580 y 1630, es decir "... en la época en la que las relaciones feudales ya estaban dando paso a las instituciones económicas y

políticas típicas del capitalismo mercantil" (Federici, 2010: 226) se produjo la llamada caza de brujas. Miles de mujeres fueron expropiadas de sus saberes y sus medios de subsistencia, perseguidas bajo acusación de brujería y asesinadas de maneras crueles. Su exterminio coincidió con la expan-

menudo como si fuera posible una humanidad en abstracto, descorporizada, desmarcada de las diferencias entre los sexos y sus significados políticos para la vida. Significados que se hallan profundamente inscriptos en la materialidad de los cuerpos, marcada por la clase, la raza, el reloj biológico.

El desplazamiento del debate feminista hacia la cuestión de la imagen y las identidades es un indicio de la dificultad para habérselas con las formas bajo las cuales el capitalismo modela nuestras vidas y nuestras experiencias en tanto sujeto@s encarnad@s. Nuestro modo habitual de pensar nos conduce a percibir el mundo como dividido en espacios más o menos delimitados: el de la reproducción biológica y social de la vida humana y el de la producción. División que es producto de la historia y de los efectos que el capitalismo produjo sobre las vidas de las mujeres privándolas de los medios para su propia

vida, como ha sido largamente señalado, desde Engels en adelante. A menudo nuestro punto de partida es la naturalización de la partición que el desarrollo del capitalismo produjo: éste gobierna el proceso productivo, el patriarcado la reproducción de la vida humana ejerciendo control sobre los cuerpos de las mujeres. La teoría del doble sistema, que suele hacer síntoma en las dificultades de diálogo entre partidos políticos de izquierda y feminismos, e incluso entre movimientos anti-sistema y feminismos, obedece a que percibimos la explotación capitalista y la dominación patriarcal como asuntos separados, o relacionados entre sí de una manera accidental y fortuita, olvidando que los y las sujetos que en tales condiciones viven y realizan sus experiencias son sujetos de carne y hueso en l@s cuales la sexuación no acontece de manera accidental. Incluso muchas veces se ha pensado que el patriarcado, a diferencia del capitalismo, no produce explotación, sino dominación, que el capitalismo es material y el patriarcado cultural, por simplificar de manera extrema. Como si la explotación no



sión de los cercados, la conquista de América, el nacimiento de la medicina moderna, controlada por varones y a su servicio. Lo cierto es que es dificultoso localizar la suerte de las mujeres, la especificidad de sus avatares, las maneras propias bajo las cuales fueron afectadas por esos procesos. En el pasado como en el presente sus trayectorias se desdibujan, se hace difícil precisar cuál es (fue) el modo en que las afecta el capitalismo, habituados/as como estamos a pensar en una humanidad descorporizada.

Del presente, la recurrencia de la acumulación primitiva y sus efectos sobre las vidas de las mujeres

La búsqueda de explicaciones y perspectivas que nos permitan establecer los efectos de la actual crisis del capitalismo sobre las vidas de las mujeres conlleva, por parafrasear a Adrienne Rich, resistirse a la poderosa presión que la cultura actual ejerce sobre nosotras a fin de desvanecer la especificidad corporal o de reducirla a un mero asunto particular (Rich, 2001). Procedemos a

Mujeres y transnacionales

incidiera sobre los cuerpos de las personas, como si los cuerpos de las personas fueran indiferentes en el momento de la explotación, como si el hecho de que el territorio de explotación y dominación haya sido y sea aún para las mujeres su propio cuerpo careciera de relevancia (Meksins Wood, 1992). La italiana Silvia Federici ha señalado que el cuerpo es a las mujeres lo que al obrero la fábrica. Autoras como Vandana Shiva y María Mies han insistido sobre la profunda imbricación que existe entre la defensa de la naturaleza y la política de las mujeres. Desde la perspectiva de estas autoras son las mujeres más pobres del tercer mundo las

principales perjudicadas por el proceso de mercantilización que el capitalismo produce tanto en las relaciones entre l@s seres human@s como en nuestra relación con la naturaleza que somos y en la cual vivimos (Federici 2010; Mies y Shiva, 1998). La crítica de estas autoras hacia las biotecnologías permite visualizar hasta qué punto no sólo se trata del dominio sobre la naturaleza exterior, sino de la naturaleza, siempre histórica, que los/las sujetos human@s somos.

El mundo en que vivimos está organizado sobre la base de la abstracción y la mercantilización, sobre la escisión entre producción y reproducción, entre economía y política, entre mente y cuerpo. De allí que la sexuación haya sido pensada como característica particular. La humanidad, el ingreso a la condición de seres humanos exige, al parecer, el borramiento de la marca corporal. De allí que el pensador antipatriarcal que Condorcet era argumentara que, a la manera de la gota, las menstruaciones de las mujeres tendrían que ser consideradas como meros accidentes que no deberían afectar sus vidas en ningún sentido públicamente significativo.

A manera de ensayo propongo el ejercicio

de pensar en la incidencia específica que este nuevo proceso de acumulación primitiva, ligado a la actual crisis capitalista tiene sobre las vidas de las mujeres:

La extorsión sobre los/las trabajadores que el capitalismo cumple ante cada una de sus crisis cíclicas sometiendo/as a presiones y continuas divisiones implica un esfuerzo sistemático por sujetarlos /as a un patrón común. Se podría decir, entonces, que afecta a todas, tod@s y todos por igual, hasta tal punto que alguien de la indudable agudeza de Ellen Meiksins Wood ha considerado el problema de las mujeres como un asunto identitario. Sobre esa base ha señalado: el



capitalismo es enormemente indiferente a las identidades de los /las sujetos que explota, y por ello compatible con avances en los derechos de los y las negros y negras, las mujeres, los pueblos indios de nuestra América. Sin embargo, por alguna suerte de extraña casualidad mujeres, indios, negros y negras ocupan sistemáticamente lugares de subalternidad. Ello se debe, en mi opinión, a que las relaciones de trabajo impuestas por el capitalismo han implicado un proceso de desposesión y pérdida para los /las trabajadores que se efectúan sobre un terreno previamente marcado por la historia. La separación entre trabajo manual e intelectual, que arranca a los/las trabajadores el control del proceso de producción, la

noción de su lugar en el proceso productivo, que los separa del producto de su trabajo y de la relación con otros trabajadores enfrentándolos entre sí como individuos aislados, ubicándolos como competidores por puestos de trabajo cada vez más escasos, hace que quienes se vean más perjudicados/as sean, precisamente, quienes tienen historias previas de trabajos devaluados e inexperiencias organizativas. El súbito aprecio que algunas compañías transnacionales tienen por las mujeres obedece a su mayor inexperiencia en la lucha sindical,

a su mayor explotabilidad, por decirlo de alguna manera. La vulnerabilidad mayor de las mujeres deriva del punto en que se articulan capitalismo y patriarcado, pues los trabajos históricamente realizados por mujeres (que han contribuido y contribuyen a la acumulación de capital, como lo han mostrado desde Heidi Hartmann a Saskia Sassen y Silvia Federici) han sido signifi-

cados como labor natural, o como servicio, invisibilizados y devaluados (Hartmann, 1987; Sassen, 2003; Federici, 2010: 16). El capitalismo, se ha señalado, transforma todo en mercancía, es decir: bienes y productos cualitativamente muy diversos devienen mercancías, el cuerpo humano sexuado incluido. El avance del capitalismo se ha articulado a la desposesión de los bienes comunes y a la transformación de todo en mercancía: el agua, el cuerpo humano mismo, sus partes, que pueden devenir un pedazo escindible del sujeto, comprable y vendible. Si el ejemplo

Mujeres y transnacionales

más impactante se halla en la mercadorización de los cuerpos: órganos, procesos como la reproducción biológica misma han sido penetrados por la lógica del capitalismo de una manera insospechada: alquileres de vientres, maternidades subrogadas, venta de niños y niñas para sostener los que ya se tiene afectan de manera particular a las mujeres de las zonas más desprotegidas. Una vez más son las pobres, las desplazadas, las migrantes, las que paren para las ricas, como sucede en India, o las que venden sus niños/as, como sucede en Santiago del Estero, Argentina

Sin embargo por algún extraño proceso l@s ecologistas parecen no percibir la relación que existe entre las biotecnologías que transforman las semillas en mercancías y las nuevas tecnologías de reproducción asistida y que afectan poderosamente los cuerpos de las mujeres y vulneran su autonomía como sujetos humanas. La mercantilización del cuerpo y de la naturaleza se pone en juego de manera específica en el maridaje entre avance de cultivos transgénicos, pérdida de biodiversidad y aumento de la explotación de las mujeres en los circuitos de prostitución y venta de seres humanos. El corazón de lo que alguna vez fue el cinturón hortícola más rico y más diversificado del país, hoy convertido en un desierto de soja, ha producido desplazamientos, vulnerabilidad, explotación sexual y trata de personas. Las activistas que combaten contra la sojización no sólo denuncian los efectos del glifosato, sino que explican que la ruta de la soja es

la ruta de la trata. Ruta de extracción de bienes naturales que dejará tras de sí un desierto, ruta de tráfico y trata de personas con fines de explotación laboral y sexual. Mayoritariamente mujeres. Una vez más la relación pasado/presente permite iluminar y comprender de qué se trata. Señala Silvia Federici: “El colapso del salario fue especialmente desastroso para las mujeres. En el siglo XIV, las mujeres habían recibido la mitad del sueldo de un hombre por hacer igual trabajo; pero a mediados del siglo XVI estaban recibiendo sólo un tercio del salario masculino reducido y ya no podían mantenerse con el trabajo asalariado, ni en la agricultura ni en el sector manufacturero,

con los bio-hombres de la especie ha construido una equivalencia entre los varones y lo universal que borra las huellas de las mujeres de la historia a la vez que, en el presente, invisibiliza la especificidad de los efectos que el capitalismo tuvo y tiene sobre nuestras vidas. A la manera de Marx debiéramos recordar que la humanidad no es sino un universal abstracto y que el sexo es una determinación de todo ser humano encarnado, de la misma manera que la clase, la etnia, la ubicación geográfica y sus marcas históricas. La humanidad, pues, está compuesta por sujetos corpóreos La



antigua alianza entre capitalismo y patriarcado hace de las mujeres seres no sólo diferentes sino desiguales sobre las que recae de manera específica el capitalismo transnacional. Sus suertes específicas, sus contribuciones a la lucha anticapitalista, sin embargo se borran bajo la idea de nuestra común humanidad. Como si tuviéramos dificultad para un pensamiento determinado, para realizar esa operación que Marx denominaba retotalización síntesis

un hecho que indudablemente es responsable de la gigantesca extensión de la prostitución en ese período. Lo que siguió fue el empobrecimiento absoluto de la clase trabajadora, tan extendida y generalizada que, hacia 1550 y durante mucho más tiempo, los trabajadores en Europa eran llamados simplemente «pobres» (Federici. 2010: 117). De diversas maneras y en distintos escenarios las empresas transnacionales se hallan ligadas a la explotación sexual de las mujeres, a la extorsión de su fuerza de trabajo y de sus capacidades corporales. Sin embargo la identificación de la humanidad

tica, como síntesis (sin subsunción) de múltiples determinaciones, como si nos halláramos impulsad@s a pensar en la humanidad en general, portadora de una vida en abstracto, no de una vida situada, determinada, histórica, corpórea, sexuada. Una vida que merezca ser vivida, una sumak kawsay, como le llaman al buen vivir los pueblos quechua-hablantes de nuestra América.

